

Universidad sin condicionantes

Rafael Estrada Michel

En su corta etapa moderna, la universidad no ha enfrentado un solo proceso de crítica del que no haya salido fortalecida. El espíritu universitario vive de la crítica, se inspira en la crítica y no puede renunciar a la crítica, so pena de materializarse (esto es, de dejar de ser “espíritu”) y de particularizarse (es decir, de dejar de ser “universal”). Así las cosas, el que durante los pasados días hayamos estado empeñados en discutir la universidad no es, ni mucho menos, una mala noticia. Cortina de humo o develación de posiciones sinceras, la oportunidad ha de recibirse con réplicas y dúplicas: la seriedad racionalista debe oponerse lo mismo a la diatriba gratuita que a la autocomplacencia militante.

Malva Flores, poeta y biógrafa de poetas cuya obra ha merecido el Villaurrutia, nos recordó recientemente que para Octavio Paz (uno de los tres Nobeles que la UNAM luce en sus vitrinas) la modernidad podía definirse íntegramente como un “sistema de crítica y autocrítica”. Así nació (mejor: renació) la universidad de la nación hace poco más de cien años, de la mano del rector Vasconcelos.

Lejos de tomar posesión del cargo con las engoladas y onanistas fórmulas que se estilaban en ocasiones como aquella de 1920, el gran maestro oaxaqueño se negaba a permitir “que el fetiche de la ley selle mis labios (pues) por encima de todas las leyes humanas está la voz del deber como lo proclama la conciencia” y, en cambio, para escándalo de no pocos, alzó la voz en tono a un tiempo jeremiaco y constructor: “afirmo que esto es un desastre, pero no por eso juzgo a la universidad con rencor. Todo lo contrario, casi la amo, como se ama el destello de una esperanza insegura. La amo, pero no vengo a encerrarme en ella, sino a procurar que todos sus tesoros se derramen. Quiero el derroche de las ideas, porque la idea sólo en el derroche prospera”. De ese “casi amor” surgiría la gran transformación del melifluido “departamento universitario” en el renacido Ministerio de la educación pública, la gran odisea de nuestro Ulises meridional: no es casual que el Vasconcelos más ilegible, el de los integristas racistas, haya sido el que se halló más lejos de la universidad.

“Nacional” fue desde el principio, hace doscientos años, la universidad que venía del mundo indiano. En tal calidad de “universidad” ya no “real” sino “nacional” fue que firmó el Acta de Independencia su rector, el canónigo Matías de Monteagudo, patrono de conspiraciones nunca comprobadas. Y así desapareció durante nuestro aciago siglo XIX, no una sino varias veces, por considerar el liberalismo que reproducía con excesiva exactitud nuestros arquetipos estamentales y privilegiantes, propios de una nación que no alcanzaba a enterarse de que ya lo era. No podíamos, sin embargo, aspirar a tomar conciencia de nuestro ser colectivo habiendo cercenado el fructífero brazo universitario que con tanto esfuerzo hubo de

reponer Justo Sierra cuando en 1910 convenció al anciano dictador de celebrar la Independencia recomponiendo el último hálito de la civilización.

Dígase lo que se quiera, pero la universidad moderna, como supo ver hace no demasiado tiempo (1998) un pensador de izquierdas (Jacques Derrida) desde la tribuna de ese templo del capitalismo neotecnológico que es la Universidad de Stanford (la gran surtidora de material humano para el valle del silicón) debería ser una universidad sin condición (y acaso, también, sin mayúsculas). Dicha universidad, tras su compleja y riquísima historia medieval (y, entre nosotros, novohispana) “exige y se le debería reconocer en principio, además de lo que se denomina la libertad académica, una libertad incondicional de cuestionamiento y de proposición, e incluso, más aún si cabe, el derecho de decir públicamente todo lo que exigen una investigación, un saber y un pensamiento de la verdad”: una verdad que no es otra que la verdad de la trascendencia humana puesto que “esa inmensa cuestión de la verdad y de la luz, la cuestión de las Luces... siempre ha estado vinculada con la del hombre. Implica un concepto propio del hombre, aquel que fundó a la vez el Humanismo y la idea histórica de las Humanidades”, continúa Derrida, en algo que inevitablemente remite, otra vez, al Vasconcelos de 1920: “las revoluciones contemporáneas quieren a los sabios y quieren a los artistas, pero a condición de que el saber y el arte sirvan para mejorar la condición de los hombres”.

Exigir a la universidad que renuncie a la crítica de las ideas y que asuma algunas de ellas, por más extensivamente beneficiosas que puedan parecernos, como únicas, verdaderas y (con) sagradas, es violentar la posibilidad de buscar, con medios propios, aquello que nos hace conscientes de la dignidad de nuestra condición humana. No tenemos derecho a la felicidad, pero reivindicamos con fuerza aquella genialidad lockeana de Jefferson: el derecho a la búsqueda de la felicidad, sin obstáculos que la entorpezcan ni metiches definidores ex officio. Pues bien, lo mismo pasa con la educación: tenemos derecho a la misma, en sentido sustancial: no a un diploma que afirme lo que no es sino mitología credencialicia. No: la educación universitaria es ante todo camino para la formación de un espíritu universalista y complejizante capaz de resistirse, ante todo, a la condición simplificadora. Sin Humanidades, ha dicho Rob Riemen, es imposible entender para qué es que hemos concebido las Ciencias exactas.

“Libertad bajo palabra”, para volver a Paz, no es ingenua reivindicación de ausencia de vínculo o compromiso con el pueblo, sino seguridad de que el pueblo mexicano, que ha sido tantas veces capaz de universalizar sus pulsiones más enigmáticas (el día de muertos no es mal ejemplo) venera “el arte libre y magnífico de los grandes altivos que no han conocido señor ni bajeza... los otros, los cortesanos, no nos interesan a nosotros, los hijos del pueblo”.

Ya se habrá adivinado que hemos vuelto a glosar al refundador Vasconcelos, a quien bien haríamos en releer en tiempos de renovadas cortesánías e imposiciones particularistas y reductoras.